

Aunque la Alianza sólo orase...

El que narra lo que sigue es Sacerdote auténtico, dinámico, apostólico. De los que jamás se embarcan en una obra de apostolado, ni acepta siquiera las que sus Superiores le encomiendan, sin que tomen parte con él las hermanitas de su Centro; porque tiene bien grabado aquello de que «mientras uno habla y se mueve, otros oran, se sacrifican y piden». De los que no se apuntan, por eso, ningún tanto a su favor, porque está seguro que mucho más mérito que su trabajo personal tienen esas almas entregadas al Señor, que saben orar y sufrir por la salvación de otras almas.

Véase, pues, lo que dice.

Una invitación que se las trae

Un buen día, y cuando regresaba de dar una tanda de Ejercicios en un pueblo de esta diócesis, me encuentro con una carta del Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo, escrita de su puño y letra, en la que me invitaba a dar una misión en un pueblo próximo a la Serranía; «muy difícil» y «que necesitaba un gran revulsivo para atraerlo a los caminos del Señor».

Por dos conceptos era difícil el pueblo: en lo espiritual, porque el Espiritismo había hecho estragos en él; en lo material, porque, aparte de que lo abrupto de la sierra hace la vida penosa y humilde a sus moradores, que viven como hace cien años, sin comodidades de ningún género, gentes indeseables habían fijado entre aquellas rocas y pinares densísimos su cuartel general. A seis kilómetros del poblado se había descubierto la cueva, convertida en cuartel, que, si era falta de comodidad, el acceso difícil a la

misma les llenaba de tranquilidad y seguridad.

La noticia de todos estos datos habían infundido un tanto de temor a este pobre Cura; pero no tanto, que le impidiesen aceptar con gusto aquella invitación del Prelado, que no le quiso obligar por las dificultades que .envolvía la empresa. Dejé, pues, otro compromiso particular, aceptado un mes antes, para unos Ejercicios y abracé en mi corazón al Señor desterrado de aquel rincón para entronizarle de nuevo en él.

El día 20 de abril dio comienzo la Misión. Aquel mismo día, a las diez de la mañana, salía de mi residencia habitual, dejando el encargo a las hermanitas, de que pidiesen muy insistentemente al Señor se dignara bendecir aquel ministerio. Así lo hicieron y, a partir de aquel día, la Directora se encargó de distribuir las horas del día y de la noche, encomendando una horade oración a cada una de las hermanitas, que como

lámparas que se consumen delante del Señor, oraban sin interrupción.

Llegada al pueblo

Montañas y densos pinares a un lado y otro de la carretera que, en continuo zig-zag, los serpenteaba. Rostros curtidos por aires serranos, en los pueblos del itinerario. Por fin, hundido en la montaña, aparece el pueblo a donde me dirigía. Llovía en abundancia.

El Sr. Cura movilizó a sus pacíficos moradores, que, al volteo de las campanas, acudieron a las afueras del pueblo, al recibimiento del misionero, no sin aguantar con espíritu de sacrificio ejemplar, un imponente aguacero. En filas perfectas y habiendo recibido el Crucifijo de manos del Sr. Cura, emprendemos el camino hacia la iglesia. Primeras palabras de saludo, llenas de ánimos, invitando a todos al acto de la noche. Me quedo con los pequeños, algo de cánticos, algunas sonrisas y unos cuantos caramelos,

porque la gente menuda es admirable reclamo en este género de apostolado.

El acto de la noche resulta concurrido, si bien no con exceso. El primer rosario de Aurora, muy pobre. A los actos de la misión de los niños, no me falta ni un crío. Las conferencias a jóvenes de ambos sexos y mujeres, muy concurridas. Transcurren dos días y la gente sigue fría y los rosarios de Aurora pobres. Este pobre Cura, bastante preocupado, pero confiando en el poder de la gracia del Señor, que obraría milagros que almas puras sabrían arrancar.

Para colmo de alientos, me dice .el Cura del pueblo, al ver las ochocientas formas que llevaba ya preparadas para la Comunión, «que con cien podía darme por satisfecho y se podía considerar buena misión, considerando como milagro el reparto de doscientas; que no sabía dónde me encontraba». En aquel mismo instante escribí a las hermanitas, diciéndoles que aquello estaba muy difícil y que redoblaran sus peticiones.

Ya son tres las que oran en cadena ininterrumpida, día y noche. Aquello cambió de un modo repentino. El milagro lo hizo la Virgen, pues el pueblo íntegro acudió al rosario de Aurora, permaneciendo luego durante la misa. A la noche, la misma asistencia, que ni disminuyó en nada durante los días sucesivos. Se había logrado el primer objetivo, pero tocábamos a la Comunión. Los niños conmovieron a los mayores, y no se desperdició ripio arrancando lágrimas y obsequiando con un suculento chocolate a los pequeños. Estaba aquello caldeado. Otra segunda embestida y ataque a fondo a los adultos.

La obra de la gracia

La primera en caer fue una buena mujer, que, en tiempo de República, arengaba las gentes desde el balcón del Ayuntamiento, y se había distinguido también por su asistencia a las reuniones espiritistas. La

sorprendí en su casa y, al decirme que tenía que contarme muchas cosas, que la siguiese, me llevó al corral de su casa para estar libres de curiosos, y allí me dio no sé cuántas quejas de lo mal que se habían portado las autoridades con ella. Le dije que la religión estaba por encima de las autoridades y de todos los hombres, explicoteándome lo mejor que pude. Quedó convencida y autoritariamente la mandé a la iglesia, donde me esperaban las mujeres para confesarse. Me contestó que allí le daba vergüenza y entonces comprendí que el lugar era lo de menos. Allí mismo la administré el Sacramento de la Penitencia y al día siguiente (ya por la noche asistió a la misión confesada), cuando se acercó a comulgar, causó asombro entre sus paisanos y fue la primera piedra de las conversiones que después se siguieron.

Aquello iba viento en popa. Caso difícil en extremo era el hablar con los espiritistas, todos ellos sin bautizar, y viviendo de cualquier forma. Fui derecho al

cuartel general; dos varones de 36 y 28 años y dos mujeres de. 27 y 25. El de 28, estaba tuberculoso. En vez de entrarle por el bautismo, me hice el tonto y le invité a recibir la Comunión de enfermos. Como un picaruelo aceptó, sin decirme que no estaba bautizado. Me tragué aquello como un doctrino, pero cayó en el cepo, pues aquello me dio ocasión para visitarle otra vez el mismo día, diciéndole me habían comunicado que no estaba bautizado. Protestó el hombre; me manifestó que los querían mal en el pueblo; que los bautizó un Cura muy amigo de su padre por la noche y no sé cuántas cosas más. Lo cerqué, le dije que nada constaba en los libros de bautismo, que se podían bautizar *sub condicione*, etc. Todo inútil.

Salí con mis orejas gachas y comprendí que aquello era obra de la gracia y no de la palabra. Otro ataque al día siguiente; los mismos resultados. Otra carga y cuando se me reían y estuve a punto de anatematizar en firme, me contuve (pero notaron mi enfado) y

terminé diciendo: «Estás enfermo de muerte; tal vez no puedas continuar en tu casa por temor al contagio y conozco diversos Sanatorios; ni por tu bautizo ni por el de los tuyos que os negáis a recibir, aunque no os bauticéis, me tenéis a vuestra disposición, y, si tengo que venir a recogerte, avísame, que me tienes a tu disposición», y, sin más palabras, me despedí.

Después del último acto de la misión de aquella noche, me dicen que tengo visita; es el hermano mayor que viene a decirme que al día siguiente se bautizaban todos, se casaban, hacían primera Comunión y se bautizaban sus hijos.

Rendida esta familia, vinieron otras dos más sin visitarlos siquiera. Obrado el milagro. Emoción, alegría, lágrimas. Todo se juntó.

“¡Esto es milagroso!”

Un paso más y todo logrado. Se acercan o están encima ya, las confesiones de los hombres. «¿Quién pone cascabeles al gato?», se decían las ratas, reunidas en concilio. Los llevé a un callejón sin salida. Hay en la vida uno, que es el cementerio. Les dije que los hombres comulgarían allí, y con ellos todas las personas que desearan hacerlo. Despaché a las mujeres, en un instante y me quedé con los hombres solos en la iglesia. Les hablé *a lo hombre*, y con calor durante veinte minutos.

¿Fueron mis palabras las que llevaron el convencimiento a aquellos corazones? Nunca lo he pensado. Otras almas, que a muchos kilómetros de aquellos parajes, oraban incesantemente. Al terminar mi charla, abiertas de par en par las puertas del templo, invité a salir de él a cuantos no quisieran confesarse, rogando que no quitaran la intención a los que voluntariamente quisieran

hacerlo. Nunca supuse aquel resultado. Con asombro vi que ni uno salió, y cuando, pasada la media noche, me levantaba junto con el Cura del confesonario, mejor dicho, del sillón de brazos que me pusieron, pude escuchar de labios de aquel Sacerdote estas palabras: «En veinte años que asisto a este pueblo, no lo conocía. «¡Esto es milagroso!», y llorábamos comentando el hecho.

 Mi imaginación voló lejos, acordándome de las oraciones y sacrificios que almas puras, en contacto directo con este apostolado, elevaban al cielo en demanda de bendiciones. En suma, me faltaron formas, de las ochocientas que había llevado, tuve que hacer uso de las cien que el Cura tenía preparadas para aquella misión. Como recuerdo, se cortaron dos pinos gigantes de aquella serranía y con ellos se fabricó la Cruz de la misión: once metros de alta por cinco de brazos, y a hombros robustos de aquellos mozos valientes, seguidos de todo el vecindario, se colocó en la cima del monte

más alto de los que rodean al pueblo, coronando así lo que el Señor hizo con cruces pequeñas y oraciones de almas que le aman sinceramente.

Punto final

Y aquí dejo esta narración, porque sería larguísimo referir las múltiples anécdotas que se sucedieron sin interrupción en aquellos días. Como prueba que todo fue fruto de oración y sacrificio de quienes me ayudaron a esto, doy la siguiente: Hacía un año, que el Sr. Obispo quiso misionaran aquel pueblo. Dio la misión un virtuoso y sabio Jesuita de Valencia, el R. P. Vidal. No sé si llegarían al centenar de Comuniones las repartidas, sin que lograra la legitimación de un sólo matrimonio.

Todo quedó hecho, porque el Señor quiso hacerlo. Medios de que se valió, ningún otro más que la oración. Desde el primer día, que vi la desconfianza del Cura y de algunas

familias buenas del pueblo, les dije: «Vds. piensan y hablan así, porque sólo cuentan con el esfuerzo de hombre; pero ahora verán Vds. el valor y la fuerza de la oración».

Y la vieron, como también la vi yo...

Imp. Montepío' Diocesano